

El espesor del presente literario

JULIÁN MARÍAS *

UNA de las tendencias más perturbadoras en la cultura de nuestro tiempo es el *actualismo* que la domina. Se considera por muchos que únicamente existe lo que es muy reciente. Por ejemplo, en la nueva etapa política que estamos viviendo en España, no son pocos los que están acechando la supuesta transformación de su literatura o de otras disciplinas científicas o artísticas, dando por supuesto que tiene que haberse producido un florecimiento, y si no lo encuentran sienten pesimismo y depresión.

Mi experiencia, que es ya larga, me muestra que los cambios culturales son por lo general lentos, y bastante independientes de los políticos, salvo en los casos extremos en que estos aplastan brutalmente la posibilidad de la cultura. Podríamos decir que los cambios culturales *rápidos* y dependientes de la vida pública son siempre *negativos*; los otros, los fecundos y creadores, pueden tardar en llegar y no es seguro que tengan demasiada conexión con las condiciones exteriores.

LOS PELIGROS DEL ACTUALISMO

El actualismo tiene muchas consecuencias enojosas. En primer lugar, produce una impresión de pobreza: si no cuenta más que lo que se ha hecho en los últimos diez años, no es probable que sea gran cosa. Esto se complica cuando se añade un segundo grado de ese actualismo; quiero decir cuando no se cuenta más que lo que han hecho, en esos años cercanos, autores que son *recientes*. Es muy frecuente que no se piense en lo que, en ese mismo tiempo, han escrito, pintado, compuesto, pensado los que llevan haciéndolo muchos años, y que, por supuesto, es igualmente actual.

Todavía hay algo más: es actual lo que esos autores han producido, no ya en el último decenio, sino en cualquier fecha; la idea de que no sea actual la obra de los que son actuales es absolutamente ridícula. Para probarlo basta con mirar hacia el pasado. ¿A quién se le ocurriría tomar en cuenta sólo las *últimas* producciones de los autores de cualquier época? Todas nos parecen igualmente propias de ellos, en principio igualmente estimables, y más bien tememos que las últimas revelen cierta decadencia debida a la edad; esto no ocurre siempre, pero sí en bastantes casos.

No es esto, sin embargo, lo más importante. No basta con la obra íntegra de los autores vivos. El presente tiene un «espesor» que se remonta a más atrás, y que varía según las épocas y los países. Su importancia es extraordinaria, y casi siempre se pasa por alto: si ese espesor es considerable, la primera consecuencia es que la realidad cultural es muy rica; la segunda, que es mayor la

* Valladolid, 1914. Miembro de la Real Academia Española.

continuidad, de la cual depende en gran medida el grado de civilización de un país y la probabilidad de la creación.

El único inconveniente del gran espesor es que hace competencia a lo reciente, y si esto no tiene suficiente calidad, la comparación es devastadora. Por eso los que no están seguros de sí mismos y desconfían de sus posibilidades de «quedar» son actualistas rabiosos; si pudieran, olvidarían todo lo que se creó desde ayer hacia el pasado. Yo estoy más cerca de creer lo que, según cuenta Thornton Wilder, le oyó a un profesor de Oberlin College: «*Every great work was written this morning*», toda gran obra ha sido escrita esta mañana.

Claro que no todo, por genial que sea, forma parte del presente; sí de nuestra herencia, de nuestra realidad; lo llevamos —al menos lo podemos llevar— dentro, pero no es actual a menos que lo actualicemos creadoramente nosotros. Los griegos son el gran ejemplo: sin ellos no seríamos apenas nada, pero son nuestro pasado, del cual, ciertamente, estamos hechos. No es actual Virgilio, ni el Dante, ni Montaigne, ni Cervantes, ni Shakespeare, ni Goethe; entre ellos y nosotros se interpone el tiempo, el largo tiempo, la variación de las generaciones y las formas de vida y los estilos; por eso hay que interpretarlos, estudiarlos, para poder leerlos. Lo malo es que se hace lo primero y no se llega a lo último, que es lo que verdaderamente interesaría.

En el caso de España —y no de Hispanoamérica, por cierto: no se puede generalizar en este punto lo que sucede con la lengua— el espesor es mayor que en la mayoría de los países: una ventaja que no suele percibirse y que no ayuda a que nos sintamos mejor. No solamente los autores vivos son plenamente actuales, leídos y capaces de entusiasmar, indignar o irritar, sino que esto se extiende a muchos que han muerto hace bastantes años. La extraordinaria generación de los nacidos en torno a 1886 —la de Juan Ramón Jiménez, Ortega, d'Ors, Marañón, Gómez de la Serna y tantos más— es más actual que casi todos los que estamos en el mundo, incluidos los jóvenes. Es curioso que, como la mayoría de la gente, y sobre todo los críticos, proceden por rótulos o etiquetas, se habla todo el tiempo de la generación «del 98» o de la llamada «del 27», saltándose ésa, la intermedia, tan ilustre por lo menos como las dos que la flanquean. Y la del 98, cuyos miembros murieron hace muchos años, que nacieron todos hace bastante más de un siglo, pertenecen al presente en grado superlativo, y sus libros se reeditan, se compran, se leen, y muy principalmente por los jóvenes, porque los viejos los tienen ya.

Y hay un fenómeno que me parece sumamente interesante y confortador. Pienso que «nuestro tiempo» empezó con la generación del 98: de ahí arranca el presente. Hubiera podido temerse que con el transcurso de los años —esto lo empecé a pensar hace cosa de medio siglo— la primera parte, la más antigua, de ese período hubiese perdido actualidad, hubiese ingresado en el pretérito, aunque fuese muy estimado. Pero ha ocurrido más bien lo contrario. Me explicaré.

Algunos autores anteriores —no todos, ciertamente, ni todos los que lo merecen y tienen condiciones para ello— han adquirido

EL ARRANQUE DEL PRESENTE

en los últimos años una actualidad que no tenían antes. El caso más llamativo es Clarín, mejor dicho su gran novela *La Regenta*. Es un libro cuya primera edición, que tengo la fortuna de poseer, es de 1884-85; tiene, pues, un siglo largo. No había sido muy leído nunca, ni en su momento ni después; pero desde que lo publicó Alianza Editorial hace veintitrés años se han multiplicado las ediciones, muchas de ellas copiosas, y lo han leído probablemente cientos de miles de personas. Es decir, se ha incorporado al presente literario, engrosando así su espesor.

De un modo menos espectacular esto ha sucedido también con Galdós. Nunca había perdido lectores vivos, no había ingresado en el mundo respetable y gris de los «clásicos»; pero la atención se había concentrado en unas cuantas novelas, mientras que gran parte de su obra inmensa había caído en el olvido. Hoy ha revivido una buena porción, y entre ella los admirables *Episodios nacionales*, algo desdeñados por los estudiosos, que tendían a no considerarlos propiamente como «literatura». Al reeditarse y leerse ampliamente se va viendo que son una estupenda colección de *novelas*, que por añadidura dan la más profunda visión de nuestro siglo XIX.

Decía que no todos los autores dignos de funcionar como presentes lo han conseguido; entre ellos pondría en primer lugar a Juan Valera, tan extraordinariamente próximo a nosotros, sobre todo como ensayista, que tanto nos enriquecería si lo leyésemos, que nos evitaría tantos errores, ingenuidades o accesos de provincianismo.

En algunos casos, y a pesar de muchos méritos, el estilo estorba la plena actualidad de autores extremadamente importantes; por razones curiosamente opuestas, esto sucede con Larra y con Menéndez Pelayo. En cambio, precisamente el estilo, el arte de escribir, podría acercar hasta el presente a autores bastante remotos, como Cadalso, muerto hace algo más de dos siglos. Si se pusieran en las manos de los jóvenes de hoy *Los eruditos a la violeta* y *Cartas marruecas*, creo que tendrían una deslumbradora y gozosa revelación.

EL ESPESOR LITERARIO EN HISPANOAMÉRICA

Decía antes que hablaba de España, sin incluir a los países hispanoamericanos. Estoy menos seguro del funcionamiento en ellos de esos finos rodajes que regulan la vida, pero mi impresión es que tienden a olvidar a sus autores, apenas muertos; quizá no a olvidarlos, por lo menos sus nombres; los glorifican, los editan, a veces en primorosas ediciones; pero me pregunto cuántos leen de verdad a Andrés Bello, a Alfonso Reyes, incluso a Rubén Darío. No me extrañaría, pero no me atrevo a afirmarlo, que el espesor literario de Hispanoamérica fuese mayor teniendo en cuenta a los autores nacidos en España. Valdría la pena investigarlo y tratar de descubrir las causas.

Aquí se están haciendo grandes esfuerzos por romper la continuidad, por inducir al olvido o el desdén de los libros que no se acaban de publicar, y sobre todo los de autores que habían escrito antes. Pero creo que este intento no va a tener demasiado éxito, que los españoles van a seguir considerando suyo y actual un amplísimo repertorio que está rigurosamente vivo. Añádase un hecho

de bastante consecuencia, que he señalado muchas veces: España es quizá el país europeo en que se leen más libros de pensamiento, entre otras razones porque han solido ser *libros*, por tanto legibles, porque hay una ya larga tradición de que los que piensan sean también grandes escritores. Se está comprometiendo en los últimos años, pero creo que el resultado es que los libros bien pensados y escritos se siguen leyendo, y los que carecen de estas cualidades pasan pronto y desaparecen del horizonte. Precisamente en España se consiguió que los libros de pensamiento riguroso, y no necesariamente fácil, fuesen leídos por los que no eran «profesionales», simplemente lectores, gracias a ellos más capaces de distinguir y de comprender de lo que suelen sus equivalentes en otras partes.

Todo esto me hace pensar que la continuidad de la cultura española persiste sin rupturas, y que por tanto está en proceso de enriquecimiento. No voy a hacer un balance de los libros valiosos e importantes que se han publicado, por ejemplo, desde 1976. Creo que son bastantes —aunque no sean forzosamente aquéllos de que más se habla—; algunos han sido escritos por los que llevan muchos decenios haciéndolo; otros, por autores muy jóvenes, que están empezando. Esto es lo que me interesa: la continuidad de una época creadora que se está acercando a cumplir un siglo.

A medida que pasa el tiempo, lo que no tiene verdadera realidad se desvanece; lo que aporta algo efectivo y valioso se impone por sí mismo y queda. El presente se dilata, aumenta de espesor, como un árbol al cual el paso de los años va añadiendo nuevas capas, distintas, datables, pero todas del mismo árbol.